

## CAPITULO IV

### HOMBRE, EDUCACION Y CULTURA.

#### A) HOMBRE, EDUCACION Y CULTURA:

"Yo no creo que el pensar sea algo inocuo para la vida ni la vida algo indiferente para el pensamiento" (1). En esta frase, que no fue escrita a propósito de la educación, se encierran directrices capaces de llevarnos a una explicación de su sentido. Veamos por qué y, antes que nada expliquemos el significado de afirmación tan seria.

¿Son el pensar y el hacer dimensiones irreconciliables en el hombre? No podemos aceptar tal planteamiento. Más parece que el pensar y el hacer son aspectos distintos de una misma entidad. ¿Pero significa esto simplemente que pensamiento y acción son acontecimientos simultáneos en un sujeto? Es íntima la relación entre ambas dimensiones del hombre, por esto vida y pensamiento se funden en el hombre. Pensar y actuar "son dos fuerzas imprescindibles para nuestra existencia . . . y el pensamiento ha de ser algo más que coextensivo a lo puramente presente. Por esta razón, el pensamiento implica dos funciones: la función crítica y la función proyectadora y edificante. Sin estas dos funciones, realizadas socialmente, la vida carecerá de relieve y de acento, será como un oscuro ruido y no como una palabra creadora" (2). Surge de aquí la imperiosa necesidad de crear una especial capacidad en los integrantes de la sociedad por la que sepan y puedan ver su futuro. Porque ocurre que en todo pensamiento "alienta la secreta intencionalidad de llegar a ser 'por' y 'con' lo que se piensa: quien mire hacia atrás, tenderá a ser lo que ya fue; quien hacia abajo tenderá a ser extático como lo es todo animal; quien hacia arriba tenderá a ser un desterrado y a profesar un inhumano ucronismo; quien hacia adelante, tenderá a ser persona, persona plenamente humana, porque su horizonte será el punto preciso donde se hermanen el arriba y el abajo" (3).

Esta capacidad, que ha de formarse en los integrantes de la sociedad, madurará mediante la educación.

Aquí se descubren dos vertientes del problema educativo: El aspecto social ("... crear una especial capacidad por la que los *integrantes de la sociedad* . . .") y el aspecto individual ("... quien mire hacia adelante, *tenderá a ser persona* . . .").

¿Por qué las dos funciones del pensamiento, antes mencionadas, han de ser "realizadas socialmente"? Hoy no podemos negar el carácter colectivo interindividual que tiene la educación. Esto la lleva incluso a marcar senderos para la cultura. No puede darse una auténtica cultura sin una recta educación.

Ha pasado a ser un lugar común la afirmación de que la cultura está en crisis. "Esto no es lo grave; la crisis es un fenómeno neutral en sí; no conlleva necesariamente un sentido de bien o de mal: puede ser un progreso y puede marcar un lastimoso

---

(1) *Pensamiento y Vida*, Polémica N° 1, Pág. 4, noviembre de 1963.

(2) Idem.



retroceso" (4). Lo grave está en que toda crisis implica liquidación, "es la liquidación que la conciencia hace de su estado actual para trasponerse en otro" (5). Esa liquidación se realiza por actos reflexivos que constituyen el punto de partida para la formación de una nueva cultura: "la cultura siempre ha estado en crisis y lo estará mientras sea lo que es" (6). Ahora bien, toda persona que pretenda actuar en esta faena de tránsito tiene que pensar y enjuiciar lo presente, lo pasado y lo futuro, para tener una intervención adecuada. Para esto hay que tener presente un importante principio: "No todo cambia, no todo permanece" (7).

De esto puede inferirse que la cultura siempre está en peligro, pero éste no se deriva de su naturaleza misma, sino de la capacidad que tengan los hombres que la han de dirigir para comprender los principios apuntados. Quienes asuman la tarea de señalar rumbos nuevos a los tiempos presentes deben ser hombres señeros que hayan conquistado ese derecho a base de una cultura personal que los coloque en la posibilidad de adelantar y superar horizontes. "La cultura no puede prescindir de un sistema determinado de ideas; la formación de la cultura no puede excluir el cultivo afanoso de la inteligencia" (8), lo que es tanto como afirmar que si no se cultiva la inteligencia perece la cultura.

Esto plantea consecuencias importantes en lo que a la educación respecta. Si se admite que la inteligencia no es la dimensión principal del hombre, entonces se tenderá a cultivar el sentimiento con independencia de las facultades intelectuales. Con ello se lograría destruir la razón y por consiguiente la cultura.

No es difícil descubrir subyacente un concepto de hombre, del cual depende la manera como se decida formar a los hombres concretos y por consiguiente la suerte que le toque correr a la cultura. ¿Cuál ha de ser el camino a seguir? "Dése de barato —nos dice Teodoro Olarte— que la inteligencia no sea la dimensión principal del hombre en cierta época de su vida; mas tampoco debe ser ahogada por la afectividad. Hay que tomar las dos, hay que educar a las dos en recta conjugación y hay que jerarquizarlas para que nos sea posible obtener la imagen integral del hombre" (9). En su opinión, uno de los crímenes que se han cometido, en nuestros tiempos, contra la cultura integral del hombre ha consistido y consiste en el desprecio calculado de la inteligencia.

Todo planteamiento que de la educación se haga, necesariamente debe basarse en una fundamentación teórica, por endeble que en realidad sea. Reflejo de ese desprecio por la razón y de esa devoción por el sentimiento, la educación "contemporánea" también ha construido su tesis: "La verdad no merece la pena, pero sí la persona; disimulo calculado hacia la verdad" (10). Este divorcio es incomprensible. Se descartan factores que condenan la persona auténtica: "el rigor y la disciplina mentales, el valor de la voluntad ascética, la sensibilidad proyectada hacia lo selecto" (11); el resultado es ausencia de verdaderas personalidades. "Hasta cabría señalar —observa el Autor— un sordo rencor contra las personalidades que descuellan, por parte de las mediocridades que constituyen el denominador común de nuestra época" (12).

Se dan consecuencias directas en la educación, que son muy claramente señaladas por el Autor estudiado y que sintetizamos así:

Primera: Un permanente ensayismo, "que engendra en el ánimo de los que lo padecen la conciencia de que todo da lo mismo, . . . que quebranta los fundamentos de

(3) Idem.

(4) *Por una formación cultural*, Idearium N° 3, Pág. 1, junio de 1951.

(5) Idem.

(6) Idem.

(7) Idem.

(8) Idem.

(9) O. C. Págs. 1-6.

(10) O. C. Pág. 6.

(11) Idem.

(12) Idem.



nuestro ser y que nos lanza a lo útil a corto o inmediato plazo . . . que engendra la incredulidad por los valores supremos, asiento y refugio de la persona" (13).

Segunda: La metodomanía. Cuando se ha perdido la esperanza en la verdad que se vive y se enseña, para ocultar el fracaso se recurre al método. "Este en la mente de muchos es un sustituto de la ciencia, del arte de pensar y también de la falta de personalidad". Se olvida que "el método es camino, es medio y no fin" (14).

Tercera: Infantilismo. Se sigue una política que, se dice, consiste en tratar al hombre conforme a su naturaleza. Y "mientras al joven se le considera como persona de hecho y de derecho, trátasele desde el punto de vista cultural como si fuera un niño . . . puerilizada la cultura, quedan de un sólo tajo puerilizados el joven y el hombre, responsable de la vida pública y privada" (15). Y remata señalando el efecto final de este estado de cosas. "El resultado es patente: el joven, perdida la esperanza en sí mismo, con su valor personal inédito por no haberlo experimentado con su propio esfuerzo, fracasado, se lanza, ajeno a todo entusiasmo por los ideales, a un profesionalismo rutinario para responder prácticamente al imperativo de vivir. He aquí la víctima de la cultura" (16).

## B) LA UNIVERSIDAD:

En 1951, bastante antes de la Reforma Universitaria costarricense, escribía Teodoro Olarte: "¿Qué función esencial corresponde a la Universidad? El mero hecho de que se haya puesto a sí misma este interrogante, señala su grave crisis: la Universidad ha perdido su horizonte, y tiene que preguntarse para qué sirve, cuál es su razón de ser, de existir ¡Siente la imperiosa necesidad de justificarse!" (17).

Apenas se perfilaba con timidez una Universidad en Costa Rica y la formación académica de Teodoro Olarte reclamaba una clara concepción de su esencia y de sus fines. Tal vez era el momento en que más necesaria se hacía, y de no haber existido entonces ideas que revisaran lo hecho a través de una década, nada de lo que hoy existe hubiera sido posible. También en esa ocasión escribía: " . . . las especializaciones prematuras, las que se intenten en el bachillerato como en los primeros años del estudio universitario, deforman al hombre, lo contrahacen" (18). No nos debe extrañar que haya sido uno de los catedráticos más identificados con los Estudios Generales, y que plasman el espíritu de la Reforma Universitaria. Desde esa época protestaba contra los que pretenden justificar la existencia de la Universidad como centro productor de técnicos y profesionales, "profesionales, que sean un fragmentario suplemento de la máquina, de la empresa o del Estado" (19). Por el contrario, afirma: "La Universidad tiene como función esencial la formación integral de sus alumnos; . . . esa función integral se cumple por medio de los estudios humanistas conjugados con las ciencias, más presidiendo a éstas" (20).

El papel que le ha tocado desempeñar dentro de la vida de la institución ha favorecido su interés por la teoría de la Universidad, interés que se ha visto expresado en publicaciones sobre el tema: artículos, ponencias, informes.

Para él la Universidad tiene con relación a la cultura una doble función; la de crear la cultura y la de transmitirla: "La universidad es una institución que transmite

(13) Idem.

(14) Idem.

(15) Idem.

(16) Idem.

(17) *La Universidad Inglesa*, Idearium N° 4, Pág. 1, julio de 1951.

(18) Idem.

(19) Idem.

(20) Idem.



cultura y que crea cultura" (21). El carácter institucional de la universidad es especialmente recalcado. No es un conglomerado amorfo de Facultades; tiene unidad estructural que impone, por íntima e inexorable necesidad, una jerarquía orgánica a todas sus partes. Para cimentar esa unidad ontológica, hace notar, se ha recurrido a determinados ideales administrativos o a técnicas pedagógicas sin fundamento. "Todo esto —explica— no es lo primero, sino lo último; es lo subordinado y no lo subordinante. Pero con mayor frecuencia ni se pregunta ni se responde a la cuestión de la unidad fundamental de la Universidad, y esta ausencia de conciencia universitaria manifiéstase con toda claridad cuando la pregunta no alcanza sino al quehacer fragmentizado de cada una de las facultades. No se reconoce que el qué esencial de cada una de las escuelas ha de arriesgarse, para tener sentido, en el qué esencial de la Universidad. Las facultades poseen su misión específica, mas para cumplirla deberán estar vinculadas con el espíritu que da forma a la Universidad" (22). Como puede verse, para nuestro Autor, en el asunto tratado, el todo es antes que las partes.

La Universidad debe, entonces, establecer los fundamentos de una cultura general sólida, y los de una profesión determinada. "La profesión, cualquiera que ella sea, ha de ser un injerto practicado en el tallo de una cultura general vivificante" (23). La Universidad no puede pretender consumir la cultura de cada uno de los que a ella asisten. Por exigencia íntima de la misma cultura, tiene que limitarse a cimentar tanto la cultura personal como la profesión: "el trabajo de culturizarse y de profesionalizarse tiene una fecha universitaria de comienzo, pero su término coincide con el término de cada una de las existencias".

A pesar de que la Filosofía no ha logrado clarificar totalmente el qué del saber filosófico, "creo —nos dice— que una zona muy extensa de filósofos estará de acuerdo en que por filosofía se entiende, por lo menos, una actitud sinceramente vivida, fundamentada en un propósito personal de investigar racionalmente la trascendencia para comprender a la luz de ésta las cosas". Resulta que el saber filosófico satisface las más rigurosas exigencias de la cultura auténtica; puede decirse que el ideal de hombre culto lo dicta la filosofía porque posee la virtud que rige, fundamenta y totaliza todos los demás saberes. Es libre de la asfixia de los especialismos. Por eso, no sólo para los filósofos de profesión, sino para todos los hombres que quieran alcanzar determinada categoría cultural: "la misión de la Universidad coincide con la misión de la filosofía" (24).

Cabe preguntarse quién ha de realizar la misión de la Filosofía en la Universidad. La respuesta es obvia: "El Departamento (Facultad, Instituto) de Filosofía es el órgano llamado a actualizar esa función; él ha de ser el responsable de la organización y de la coherencia de los estudios filosóficos universitarios" (25). Como puede verse, le cabe al organismo señalado la importante misión de dirigir una política unitaria dentro de la Universidad, en lo que a la Filosofía se refiere. Como se ha dicho, su presencia debe darse como formadora de especialistas en cuanto formadora de hombres cultos.

Para el profesional, que no lo sea en Filosofía (si cabe la expresión), en opinión de Teodoro Olarte puede entrar la Filosofía por un conducto muy preciso que señala: "la cultura personal de todo universitario ha de estar cimentada en la metafísica. Sin embargo, el estudio directo de ésta me parece propio de los que han de ser filósofos profesionales y no de los de otras carreras. Pero hoy cabe una substitución, la que nos

(21) *El Departamento de Filosofía*, Revista de Filosofía de la Universidad de C. R. N° 11, Pág. 306, enero - junio de 1962.

(22) Idem.

(23) Idem.

(24) O. C. Pág. 307.

(25) *La función de la Filosofía en la Universidad*, Actas del Segundo Congreso Extraordinario Interamericano de Filosofía. Imprenta Nacional, San José C. R. Pág. 412, julio de 1961.



ofrece la *Antropología Filosófica* entendida en toda su amplitud, es decir, no una antropología exclusivamente culturalista, sino filosófica, capaz de señalarle al investigador su puesto en el cosmos; una antropología que sea la metafísica hecha carne y hueso" (26).

Con esto hemos reseñado brevemente las ideas de Teodoro Olarte en lo que al campo de la educación se refiere (27). Su largo camino por la docencia ha estado sembrado de valiosas ideas en torno a la educación, porque, como filósofo, no podía aceptar irreflexivamente actividad tan importante de su vida. En el fondo, es fácil descubrir que sus planteamientos teóricos en torno al ser de la educación son congruentes con las afirmaciones que sobre la realidad total ha construido. Hemos visto cómo en primer lugar señala un concepto de hombre que explique el sentido que tiene y que debe tener la cultura; a partir de aquí, entonces, se podrá construir, como lo hace, una teoría de la educación que subordine sus fines a aquéllos mucho más universales ya fijados, que son los fines del hombre. Por eso, cuando se hace cuestión de la Universidad, asienta ésta sobre las sólidas bases de un humanismo, tallo donde ha de sembrarse el injerto de la profesión. La educación y la Universidad, aspecto particular de ésta, son concebidas desde el hombre y para el hombre.

En última instancia, Teodoro Olarte exige la construcción de todo el proceso educativo sobre un personalismo axiológico. El pragmatismo empirista es visto como desviación, tanto por su falta de seriedad en la práctica de la enseñanza, como por su endeblez ontológica. Solamente la concepción metafísica de la vida como empresa personal puede servir para fundamentar la educación, en función de la creación interpersonal de cultura originaria. El horizonte de la cultura de nuestra época se da en la forjación del saber académico (investigación universitaria); desde éste deberán ser vistos y orientados los niveles "inferiores" de la educación, y no a la inversa, como suele hacer el llamado pedagogismo.

---

(26) Idem.

(27) Pueden verse para este tema otras publicaciones: *Prólogo* a la Revista de la Universidad de C. R. N° 24 (1963); *Apología Pro Universitate Nostra*, Idearium, 1952 y la serie de artículos titulada *Yo Opino* que publicó "Voz Universitaria" en 1963.